



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



Memoria en Palabras

Mercedes Pérez Sabbi

MANUELA EN EL UMBRAL

Fragmento



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Eduardo Aragundi

JEFE DE GABINETE

A. S. Pablo Urquiza



DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINADORA DISEÑO

Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO

Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez, Mariana Monteserin y Mariel Billinghamurst

REVISIÓN

Silvia Pazos

PIZZURNO 935 (C1020ACA) CABA. TEL: (011) 4129-1000

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2012

En: *Manuela en el umbral*, Buenos Aires, Editorial Edelvives, 2011.

© Mercedes Pérez Sabbi.

Ilustración: Muriel Frega.

MANUELA EN EL UMBRAL

[Fragmento]

Mercedes Pérez Sabbi

1. En el club

Yo tengo un montón de palabras en la cabeza, pero cuando las quiero decir, no me aparecen; es que están desordenadas y pienso que son feas también. Será por eso que a veces ando callada y que prefiero cantar. Y aunque cantar me guste, cuando mi tía me dijo que el sábado le festejaban los ochenta a la Chichita Pierina y que me esperaba la gente del club, la verdad, yo, ganas de cantar para la Chichita, no tenía. Mi tía insistió; me dijo que no podíamos decir que no porque la Chichita es la única fundadora que queda, que si yo no cantaba se podía ofender, y que eso la ponía muy mal porque la gente del club es como una gran familia. Yo le dije que la voz me salía chillona, que por eso no quería cantar el sábado. Y ella siguió con que no era para tanto, que yo estoy

en la edad de la pavota y la voz me está cambiando de nena a mujer, pero que igual canto hermoso, porque lo hago con el corazón. Y agregó que a ella la emociona mucho la Canción del Aromo, sobre todo la parte que dice que el aroma hace flores de sus penas, y que esa canción es como un himno para la gente del pueblo. Y me gustó que se acordara de la última vez que canté en el club, cuando los socios, la comisión directiva y toda la parentela se quedaron aplaudiéndome con la boca así, como embobados. Yo le dije que era muy divertido el cantito que habían inventado, porque se parecía al de las canchitas de fútbol. A las tres, a las dos, a la una, como Manuela Luna, no canta, ninguna.... A ella le dio gracia lo del cantito, y creo que lo tomó como si le hubiera dicho que sí, que iba a cantar el sábado, porque chupó fuerte la bombilla del mate y contenta puso el mantel lleno de cuadritos colorados y blancos, me sirvió un té de tilo y valeriana, y lo endulzó con miel. Para tranquilizarme y suavizar la garganta, aclaró.

Y dele soplar el té estaba yo cuando mi tía tomó su maletín de enfermera, el de cuero azul con ribetes blancos, que es muy bonito, y me dijo que tenía que ir a ponerle la inyección a doña Asunción, que seguía muy mal la pobre, con catarro y taquicardia, y que la artrosis terrible que tenía en las manos hacía años que no la dejaba bordar... Y ahí recordé que fue doña Asunción la primera en hablar de mi cara de luna, y de mis pecas; que me quedaban hermosas dijo el día que me conoció. Y Charo, que vive acá en la esquina, le respondió que sí, que mi carita

era hermosa, pero un poco triste..., y también..., pobrecita..., así dijo Charo, y me acarició un cachete. Es buena Charo, siempre que paso por la esquina me saluda contenta.

–Tomá, tomá el té, que ya debe estar tibio Manu.

–Sí tía.

Di el primer sorbo y ella siguió hablando de la pobre doña Asunción, de que si seguía así, iban a tener que avisar a la familia para internarla... Guardó la botella de alcohol en el maletín. Y se fue.

El té no lo terminé, porque, con ese gusto a miel de aroma, un poco me repugnaba.

El sábado estuve temprano en el club para ayudar con las mesas, las sillas y los adornos. Lo primero fue sacar el cartel de la fiesta de año nuevo. Con ese gigantesco Feliz 1984 tardamos un montón, porque estaba altísimo y la escalera más larga la tenía don Domingo, que se la había llevado para hacer unos arreglos en el techo de la carnicería. Hubo que ir a buscarla. Enterado don Domingo empezó a resoplar de rabia porque no había terminado con el techo todavía; y para que lo sepamos todos, nos dijo que los chorizos eran caseros, y que se los había dejado a la cooperadora del club a precio de costo... Ni mu le dijimos a don Domingo, porque, aunque estaba con las manos abajo, parecía revolear la cuchilla cuando hablaba. Para peor, tardamos un montón en bajar el cartel. La palabra Feliz era toda colorada; pero cada número tenía un color diferente: el 1 naranja, el 9... creo que... bordó, el 8 segurísima –por lo que pasó después– que era verde loro, y el 4 era un poco azul,

un poco violeta. Estaba divertido el cartel, así, todo colorinche.

Al rato, en el medio del salón, aparecieron dos piernas flacas, con unas zapatillas de cuero blanco como esas que salen en las revistas y que son muy caras; de pollera mini y un ramo de claveles rojos envuelto en papel brillante, así de grande. Ni un pelito se le veía a la flacucha del ramo, pero igual la reconocí: era Alina, la nieta de la Chichita.

–Es para adornar el salón– dijo al pasar. Y enseguida estiró las manos y, con voz de mandona, me ordenó: –Dos claveles por mesa, Manuela.

Pero... ¿qué se pensará, que soy su sirvienta...? ¡Minga! que le voy a hacer caso, justo a ella que ni un papelito levanta en la escuela. Y aunque esto no se lo dije, igual le llegó mi rabia al oírme decir:

–¿Alguna otra cosa, o querés que ponga aceitunas también en las mesas?

Le dije así porque tiene ojos verdes como aceituna, y la llamamos aceituna, mejor dicho, aceituna chica; la aceituna grande es su madre. Son feos los ojos de ese color. Los míos son castaños, claritos como la miel. Como los de mi mamá. Mi pelo también es castaño claro; largo y lacio como el de mi mamá cuando era chica.

A Alina la conocí en la salita azul del jardín. Esa mañana mi tía y mi prima Julia me dejaron con una mujer que me llevó de la mano por un corredor largo, sin ventanas ni lamparitas, y me habló de lo lindo que era el jardín, que iba a tener amigos para jugar, dibujar, y que más adelante aprendería las letras

y los números. Yo quería aprender las letras antes que los números, para leer con mis propios ojos las cartas de mi mamá, y de paso la dejaba tranquila a Julia, porque se emocionaba tanto cuando me las leía, que se le caían unas lágrimas bien gordas. Por eso yo creía que las letras de mi mamá eran como florcitas azuladas que decían cosas lindas y que Julia las regaba con sus lagrimones; esas cosas pensaba mientras la mujer me hablaba del jardín y de las señoritas buenas y lindas que iba a conocer. Y aunque me hablaba y me hablaba para tranquilizarme, igual mi corazón sonaba como campana; talán talum por todo el cuerpo, hasta en los dedos. Por eso, justo que dijo: “aquí está la salita azul”, le solté la mano. Y abrió una puerta. Una luz como un sol de mediodía me hizo cerrar los ojos, y al abrirlos, lo primero que vi fueron los ojos de Alina; ahí, todavía, no me había dado cuenta de que eran feos como aceitunas. Llevaba un delantal a cuadritos colorados y blancos la mandona, más chiquitos que el mantel de la cocina, y la corbata era colorada también, con unas letras bordadas. Yo tenía un delantal parecido, creo. No sé si mi corbata tenía algo bordado, lo que sí me acuerdo es que, a pesar de que Julia me había hecho las trencitas que me gustaban tanto, igual yo estaba con ganas de llorar. En cambio Alina se reía, pero no con la boca, sino con los ojos, como burlona. La misma cara puso en primer grado cuando me preguntó por mi mamá y mi papá. Yo no le di nada de bolilla, qué le importaba. Pero igual me saltó el calor de los cachetes y, por las dudas, apreté el bolsillo de la cam-

pera donde guardaba la foto de los tres: yo a upa de mi mamá y mi papá con barba abrazándola de los hombros; la barba de mi papá era muy pinchudita. “¿Qué tenés ahí?, chilló la metereta. Nada, le contesté, y saqué la mano del bolsillo. Ella se quedó mirándome de reajo, raro. Una mañana la acompañé a mi tía hasta lo de Alina; tenía que ponerle una inyección al hermanito porque estaba con una infección que le daba mucha fiebre y le había hecho salir unos granos asquerosos por todo el cuerpo. Al llegar, ella, con cara de sargento me dijo: “Pasá, ahora te vas a contagiar”. Y me dio miedo. Yo creía que por ahí, de más grande, Alina cambiaba. Pero no, ni un cachito mejoró, mejor dicho, empeoró, más mala y zorra se puso; porque en el club, cuando se dio cuenta de que yo no le iba a obedecer con eso de repartir los claveles, enseguida la mandó a la hija de la Josefa, que es renguita la pobre y tenía siete recién cumplidos. Debe ser hereditario eso de ser una mandona, porque su abuela es la mandamás del club, y su mamá, la aceituna grande, recontrapeor, es la mandamás de todo; y si no se la llama señora Ángeles, se enoja con los ojos y dice: “Soy la señora Ángeles”, y todos obedecen como soldados. Yo pensaba que los ojos de aceituna tenían poderes como las pastillas de chiquitolina del Chapulín Colorado, o la botellita del cuento de Alicia en el País de las Maravillas, porque con la sola mirada de la señora Ángeles, todos se achicaban. Por eso yo casi no la miraba a los ojos, porque me daba miedo de achicarme tanto, tanto, como una tableta de esas que hacen burbujas

cuando se las tira en un vaso de agua y ¡plim! desaparece. Una vez la señora Ángeles le protestó a la maestra de segundo grado, a la seño Graciela. Le protestó porque ella no iba a poder ir a la reunión de padres que se hacía por la tarde. Y la seño Graciela, achicada, cambió a último momento la reunión para la mañana. Hubo un lío bárbaro. Encima, como Julia no podía faltar a su trabajo en la Municipalidad, a la reunión tenía que ir sí o sí mi tía. La pobre no sabía qué hacer porque a la misma hora tenía que ponerle la inyección al Felipillo, que estaba por estirar la pata, se le cerraba el pecho y ni un hilito de aire le pasaba. Como la vi preocupada a mi tía por el pecho de Felipillo, aproveché y le pregunté si sabía cuándo se iba a curar mi mamá, para que fuera a las reuniones de padres y no hubiera tanto lío. Mi tía echó las cejas para arriba, un poco encorvaditas acá, caminó hasta la heladera como para buscar algo; pero no la abrió, y empezó a estornudar. Una, dos, un montón de veces estornudó mi tía; como si de golpe alguien le hubiera frotado la nariz con un pimientito. Yo corrí a buscar un pañuelo en el cajón de la cómoda de su pieza, y apenas se lo alcancé, recién ahí, abrió la boca para decirme gracias Lunita; y se sonó la nariz; colorada y humedecida le había quedado.

Por suerte Felipillo se murió una semana después. “¡Ay hija!, menos mal que Dios se lo llevó hoy día al Felipillo, –escuché que mi tía le decía a Julia– porque si se hubiera muerto la semana pasada, iba andar cargando yo con la culpa...”. Y siguió hablando; pero yo me fui a la casa de Ana a conocer la muñeca nue-

va que su hermana le había traído de la Capital. Que era flaquita, flaquita; rubia y con el pelo largo. Muy distinta a mi Carola, que es grandota y mofletuda. Al poco tiempo la muñeca de Ana apareció en la vidriera de don Fermín y en el kiosco de Blanquita también. Pero ese día, cuando caminaba para su casa, no sabía que era la Barbie. Yo caminaba y pensaba, un poco en la muñeca nueva y otro en la muerte de Felipillo, porque debe ser feo estar en un cajón, muerto.

En: *Manuela en el umbral*, Buenos Aires, Editorial Edelvives, 2011.
© Mercedes Pérez Sabbi.

Se puede vivir como si no existiera el pasado; caminar kilómetros para alejarse de la propia huella, creer que se avanza evitando volver la vista atrás.

Poner en palabras, en cambio, plantea el desafío de mirar al dolor directo a la cara. Es una tarea difícil pero son ellas, las palabras, las que nos ayudan a nombrar el horror, el miedo, darles forma y quizás, poder asir aquello que duele. Son las palabras las que nos permiten construir una memoria en común, e iniciar un nuevo camino. Marzo sigue siendo un mes en carne viva; aunque intentemos transcurrir sin detenernos ante nada, caminar sin ver nos hace tropezar.

Esta colección reúne textos de autoras y autores argentinos que tomaron la palabra para hablar de este pasado, desde la diversidad de planos: la identidad, la pérdida, el miedo, las prohibiciones, la posibilidad de imaginar, la necesidad de contar con alguien.

Frente al silencio y al ocultamiento, una, dos; decenas de voces brotan. Con ***Memoria en Palabras*** quisimos acercar esta experiencia a las escuelas. Sembrar historias, relatos tejidos con tinta para lograr, quizás, que germine un jardín entre tanta oscuridad.

PLAN NACIONAL DE LECTURA



Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

ARGENTINA
UN PAIS CON BUENA GENTE

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA